

January 2017

Educación en resiliencia

Alba de Jesús Pérez Ibarra

Universidad de La Salle, alopez@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Pérez Ibarra, A. d. (2017). Educación en resiliencia. *Revista de la Universidad de La Salle*, (74), 191-207.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Educación en resiliencia:

una estrategia para tiempos de paz



Alba de Jesús Pérez Ibarra*

■ Resumen

Este artículo sitúa la resiliencia en escenarios educativos como la posibilidad de abrir una ventana a la esperanza en la construcción de la paz en Colombia. La institución educativa tiene como función, si es que desea educar en resiliencia, generar vínculos afectivos en los cuales se afirmen relaciones de cooperación, de compartir y tejer una urdimbre de lazos amables y entornos positivos donde el centro de la vida sea la vida misma, así como una educación que se centre en posibilitar el desarrollo de competencias que ofrezcan oportunidades y fortalezcan la existencia humana. Asimismo, el texto aborda situaciones infortunadas en las instituciones educativas, cuya preocupación mayor es planear la gestión, en la evaluación y en la ejecución de un sinnúmero de actividades descontextualizadas de la vida misma. Principalmente, se presenta una ansiosa necesidad de medir resultados olvidando la construcción de sentidos y la preservación de entornos enriquecidos por ambientes y relaciones que afiancen y consoliden la promoción de las personas.

* Candidata a doctora en Educación de la Universidad Baja California; magíster en Educación de la Pontificia Universidad Javeriana; especialista en Administración y Gerencias de Sistemas de Gestión de la Calidad, Convenio USTA-Icontec; especialista en Sistemas Aplicados a la Educación de la Universidad Autónoma de Colombia y licenciada en Educación de la Universidad de La Salle. Docente del Departamento de Formación Lasallista de la Universidad de La Salle y docente de la Secretaría de Educación del Distrito Capital de Bogotá. Correo electrónico: alperez@unisalle.edu.co

Por último, se sugieren algunas tareas concretas que pueden contribuir a incentivar ambientes humanos resilientes.

Palabras clave: resiliencia, persona, sistema educativo, construcción de paz.

*El hombre que se levanta es aún más fuerte
que el que no ha caído.*

Viktor E. Frankl

Introducción

La resiliencia en los últimos años se ha convertido en un tema muy importante en el escenario escolar, como consecuencia de los considerables problemas que los seres humanos afrontan cotidianamente. Este hecho desafía a los educadores en las instituciones en cuanto a poder responder a la necesidad de construir resiliencia desde la propuesta de herramientas concretas que se evidencien en asuntos como enriquecer vínculos, trabajar desde el entrenamiento en habilidades para la vida, ofrecer afecto y apoyo, fijar límites claros y firmes, posibilitar oportunidades de participación significativa, establecer y transmitir expectativas elevadas, enriquecer espacios y ambientes con sentido, entre otros.

El conflicto armado en Colombia: levantarse o dejarse vencer

¿Qué es lo que nos permite reanudar la vida después de situaciones altamente traumáticas? El neuropsiquiatra Boris Cyrulnik, que visitó Bogotá el pasado 30 de enero de 2017, es fundador de la *etología humana*, experto en trauma infantil y padre de la resiliencia.¹ En sus escritos, este francés enuncia que dar y

¹ Hay que reconocer que este experto no solo habla desde la investigación académica, lo hace con conocimiento de causa, considerando que sufrió la muerte de sus padres en un campo de concentración nazi del que él logró huir cuando solo tenía 6 años. Tras la guerra, deambuló por hogares de paso hasta que llegó a una granja de la beneficencia. Por suerte, él mismo reconoce, unos vecinos le inculcaron el amor a la vida y a la literatura, espacios de conocimiento donde encontró herramientas para superar el dolor.

recibir afecto desarrolla, sin duda, la capacidad resiliente. Los traumas, afirma, se pueden trabajar, se pueden superar. Cyrulnik (2003) manifiesta que solo desde 1980 se comienza a trabajar sobre resiliencia como una respuesta a múltiples situaciones adversas sufridas por seres humanos en condición traumática. Es desde entonces que se empieza a considerar un serio trabajo por posibilitar el hecho de volver a retomar la vida después de un trauma.

El demoledor conflicto armado en Colombia ha traído consigo todo tipo de pérdidas, altos costos humanitarios, políticos, materiales, ecológicos, sociales, culturales, económicos, psicológicos, espirituales; son innumerables las situaciones de trauma que han vivido sus habitantes, y que se evidencian en desplazamiento forzoso, refugiados, pérdida de credibilidad pública nacional, corrupción política, destrucción de infraestructura, campos minados, contaminación de tierras y aguas, tierras arrasadas, destrucción de lazos familiares, viudez y orfandad, descomposición del tejido social, pérdida de confianza, destrucción del patrimonio cultural, pérdida de identidad por causa del desplazamiento, predominio de una cultura de violencia, síndromes postraumáticos, crisis de sentido, sentimientos de impotencia, desesperación, odio y venganza, cambios en el sentido de la vida y los valores y, el más grave de todos, pérdidas humanas. Todos estos episodios traumáticos han desorganizado y perturbado el normal desenvolvimiento en la cotidianidad, específicamente en las interacciones sociales, situaciones que en su momento requieren una especial atención y tal vez un acompañamiento de otro u otros seres humanos que ofrezcan seguridad, motivación y ayuden a superar o, mejor, retomar la vida.

Pues bien, ese panorama colombiano desalentador lo hemos vivido de una u otra manera los habitantes de esta nación en los últimos decenios. Situaciones como las descritas hacen pensar en la necesidad de recurrir a herramientas útiles para buscar salidas viables y dar curso a una vida desde expectativas favorables. Retomando a Cyrulnik (2003) en su pregunta ¿qué es lo que nos permite reanudar la vida después de situaciones altamente traumáticas?, podría pensarse en la resiliencia como una de las posibles herramientas para el abordaje del posconflicto en Colombia.

Pero, ¿qué es la resiliencia? La reconocida investigadora argentina Edith Grotberg, en la introducción del libro *Resiliencia, descubriendo las propias fortalezas* de Melillo y Suárez (2001), define la resiliencia como la capacidad humana universal para hacer frente a las adversidades de la vida, superarlas o incluso ser transformado por ellas. Aprender a amar, a cuidar, a colaborar, a compartir, a ser solidario y saber recibir con humildad y gratitud podrían ser una acertada manera de incrementar los niveles de resiliencia. Establecer este tipo de relaciones en la familia y en la escuela desencadena indiscutiblemente fuertes vínculos que promueven la resiliencia. En este caso, se está hablando de dos de los grupos sociales de los cuales, de alguna manera, hacemos parte y que tienen una amplia influencia en la vida de cada persona, a sabiendas de que cada ser humano resulta ser todo un universo, misterioso, si se quiere, complejo, pero al final influenciado y con infinitas posibilidades de relación.

El Ministerio de Educación Nacional en Colombia, tanto en la Ley General, Ley 115, como en su Resolución 2343, habla de las dimensiones que se han de tener presentes para la formación integral. Infortunadamente, para buena parte del sistema educativo ha cobrado gran importancia el desarrollo de competencias, sobre todo de corte académico y, en consecuencia, el desarrollo de la dimensión cognitiva. Se observa y se habla, por ejemplo, de instituciones que buscan afanosamente la excelencia intelectual, algunos centros educativos, se sienten orgullosos por los resultados académicos en pruebas de carácter nacional, es el caso de la prueba Saber en los grados tercero, quinto, noveno y undécimo. Incluso, en el grado undécimo existe el programa “Ser pilo paga” desde enero de 2015, que busca beneficiar a aquellos estudiantes que califiquen un elevado puntaje y otros cuantos requisitos. También hay quienes se sienten orgullosos por los logros académicos sorprendentes en los niños de primera infancia, mientras se descuida quizás el hecho de estimular su inteligencia emocional y sus sentidos. Con esto no quiere decirse, de ninguna manera, que elevar los niveles académicos carezca de valor, pero sí es claro que cuando se descuidan los otros componentes en la educación de niños y adolescentes, podría presentarse una educación fracturada, reduccionista o, cuando menos, incompleta y, en ese sentido, inaceptable. Así las cosas, se trata de generar currículos en perspectiva de la totalidad del ser humano, cuyas

habilidades busquen dar sentido a la existencia, estimular y desarrollar, entre otras, la resolución de problemas altamente relevantes en lo personal y social en su contexto.

Por fortuna, a la par de una educación de tipo academicista, se ha venido gestando la reflexión y la necesidad de educar atendiendo procesos integrales de desarrollo humano, que impliquen su totalidad. Así, se han ganado espacios y, lo que es mejor, se empieza a trabajar fuertemente por la vinculación del ser, saber, saber hacer y conocer, así como también del qué y para qué, del cual viene hablando desde hace años la Unesco. Esto supone para las instituciones educativas la concepción de un ser humano que debe ser visto y abordado por propuestas educativas que destinen e inviertan todos sus esfuerzos en orientar con propósitos; que despierten y estimulen las más elevadas competencias en nuestros tiempos, al punto de concebir como importante todo lo que hace parte de la persona.

Estimular a niños y adolescentes en competencias para la vida resulta ser una tarea prioritaria para la educación y esto se logrará, entre otras cosas, cuando se abandone la idea de “áreas fundamentales” y se entienda que en educación nada es menos fundamental o insignificante; en ese sentido, es conveniente comprender que el desarrollo humano requiere atención desde todo punto de vista. Al hablar de la capacidad de amar, por ejemplo, esta no es un área fundamental en el plan de estudios, pero sí es una necesidad básica del ser humano y no tendría por qué dejarse de lado; por el contrario, debería ser una tarea para estimular y evaluar de manera incisiva.

Existen numerosos estudios que señalan que el amor es esencial para el desarrollo de los seres humanos. Vanistendael (1994) expone que cuando somos amados seguramente aprendemos a sentir la existencia de otros seres humanos con los que convivimos en la cotidianidad y con ellos desarrollamos habilidades de compartir, cooperar, servir. Esto es lo que en resiliencia se denomina *factores potenciales protectores*, que hacen que una persona pueda recuperarse frente a situaciones adversas y que, incluso, logre transformar las desventajas en ventajas para la construcción de su bienestar físico, mental, social y espiritual,

es decir, ser resiliente. Por su parte, Maturana (2017) enfatiza que amar educa. Este autor explica que si creamos un espacio que acoge, que escucha, donde decimos la verdad y contestamos las preguntas, y nos damos tiempo para estar allí con el niño, ese niño se transformará en una persona reflexiva, seria, responsable, que va a escoger desde sí. Para que amar eduque hay que amar y tener ternura. Amar es dejar aparecer; darle espacio al otro para que tengan presencia los niños, los amigos, los mayores. Para Maturana, la educación es la tarea más importante de un país, porque define el ámbito de convivencia donde ese país se va constituyendo, momento a momento, día a día.

Ahora bien, realidades sociales como las que se viven en Colombia ameritan formular algunos interrogantes: ¿por medio de qué mecanismos los colombianos hemos enfrentado las situaciones de conflicto? Al enunciar “colombianos” se está haciendo referencia a una amplia gama de sectores, entre ellos mujeres, hombres, niños, adultos mayores, actores del conflicto armado, campesinos, indígenas, trabajadores, empleados, entre otros, ¿Qué elementos se han fomentado desde la educación colombiana para la transformación de los conflictos de forma no violenta? Una educación desde la resiliencia ha de partir de la comprensión de la sociedad a la que asistimos y en la que todos somos actores de primera línea.

Se trata de entender que vivimos tiempos adversos que parecen dominar el escenario de la realidad colombiana, de ahí que surja la necesidad de construir perspectivas u horizontes encaminados al fomento y la mejora de personas en lo individual, así como también en lo que a grupos humanos se refiere, como pueden ser instituciones educativas, familias, asociaciones, distintas agrupaciones de personas o contextos sensibles o en riesgo de vulneración, pero además, a manera de prevención, dado que quiera o no en algún momento existe la posibilidad de encontrarse en situaciones no deseadas.

Cabe precisar que las situaciones que suelen llamarse negativas no siempre lo son totalmente, en cuanto que en el evento de ser manejadas, suponen ser abordadas desde innumerables habilidades humanas, tal vez desarrolladas en el núcleo familiar, escolar u otros ámbitos que activan estrategias

y procedimientos personales o sociales para afrontarlas. Justamente, Rutter (2013) acuñó el concepto de resiliencia para las ciencias sociales en 1972: la resiliencia se comprende como la variación individual en la manera en la que las personas responden a los riesgos a lo largo del tiempo. Así, pues, Rutter señala en su aporte que existen perfiles individuales en la forma como las personas reaccionan frente a los riesgos y que se manifiestan en aquellas situaciones límites, y se superan así factores adversos.

El sistema educativo y la construcción de la paz desde la resiliencia

Pese a encontrarnos en la etapa de posconflicto en Colombia, después de un periodo de cuatro años de conversaciones y negociaciones entre el Gobierno y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), cuyo resultado fue la firma del acuerdo para la terminación definitiva del conflicto, en materia educativa aún no estamos preparados lo suficiente para afrontar la complejidad que representa para los colombianos afectados, de forma directa o indirecta, este flagelo del conflicto armado. Se sabe que el Gobierno destinó 23 puntos de ubicación para los grupos de las FARC en 16 departamentos colombianos. Desde el sistema educativo, valdría la pena preguntarse cuáles son las políticas del Ministerio de Educación Nacional (MEN) como cuota contributiva, responsable y comprometida frente al posconflicto; qué tipo de formación real y efectiva en términos de capacitación recibieron o están recibiendo los docentes para contribuir con esto, a fin de consolidar la comprensión del acuerdo, y hasta qué punto las instituciones de educación básica, media y superior están comprometidas con la implementación de proyectos o propuestas incluyentes. En el escenario de posconflicto, ¿qué rol desempeña la educación superior en Colombia y cuáles son los retos por enfrentar para generar espacios de inclusión socioeducativa a excombatientes?

El MEN implementó como obligatoria la Cátedra por la Paz.² Justamente, el Decreto 1038 en su artículo 32 menciona el objetivo de esta cátedra, el cual

² Ley 1732 de septiembre de 2014, por la cual se establece la Cátedra de la Paz en todas las instituciones del país y su decreto reglamentario 1038.

responde a fomentar el proceso de apropiación de conocimientos y competencias relacionados con el territorio, la cultura, el contexto económico y social, y la memoria histórica, con el propósito de reconstruir el tejido social, promover la prosperidad general y garantizar la efectividad de los principios, derechos y deberes consagrados en la Constitución. El decreto propone una serie de 12 temáticas, de las cuales enuncia que al menos se desarrollen dos de ellas en las instituciones educativas privadas y oficiales del país. Lo más probable es que se esté trabajando en estas temáticas y lo ideal sería que, más allá de evaluar si se están aplicando o no, se generaran los cambios deseados en relación con los alcances por una convivencia social que se vea reflejada en justicia social, cooperación, inclusión y formación de ciudadanos con una conciencia social.

Resulta inadmisibles, además, pensar que las instituciones se dediquen a orientar conocimientos a los estudiantes y sentarse a esperar que ellos desarrollen capacidades que los habiliten para que en el ejercicio de su cotidianidad se solidaricen, respeten y resuelvan situaciones conflictivas de manera pacífica. Sería inaceptable que esta cátedra no gestara propuestas, consensos, resultados visibles, cuando se sabe que se está trabajando en todas las instituciones del país. Así que no basta con decretar una ley y la ejecución de algunas estrategias aisladas a favor de la etapa de posconflicto.

En este contexto de posconflicto conviene una labor interdisciplinaria desde el sistema educativo. Ciertamente, se necesita una institución donde entren en concurso todas las partes bajo un direccionamiento estratégico, que incida en el acompañamiento de procesos propositivos. Vendría muy bien acudir a la formación desde la resiliencia, aprovechando esta etapa de posconflicto; de hecho, pensarse como individuo y comunidad educativa desde la resiliencia podría constituirse en una herramienta estratégica clave que favorecería vínculos sociales. Bien vale la pena destacar que las instituciones de carácter educativo, después de la familia, son poderosas constructoras de resiliencia, en razón a que en la misma familia o escuela se ponen en práctica procesos vinculantes de diálogo, de resolución de conflictos, de acuerdos y de un número considerable de interacciones.

Cabe señalar que componentes como la confianza, el optimismo, la valoración de las fortalezas, el refuerzo en vínculos entre padres e hijos, docentes estudiantes, familia e institución, así como el nivel de participación en tareas y proyectos, acrecientan las habilidades para relacionarse con los demás, tomar decisiones, expresar las propias ideas, establecer metas, responsabilidades, compromisos. Esto incrementa la autoestima, estimula la construcción de interacciones eficaces, fomenta oportunidades, impulsa procesos de aceptación, reconciliación, perdón; induce a búsquedas de sentido, de trabajo mancomunado, y provoca el establecimiento de sociedades cada vez más sanas y equilibradas, toda vez que se reconozca la dignidad de cada ser humano.

En este sentido, en las instituciones de carácter educativo, todos sus miembros tienen una función primordial, todos están llamados a contribuir al desarrollo de habilidades resilientes. El lenguaje, por ejemplo, es un poderoso generador de estímulos hacia una convivencia pacífica; de hecho, un nivel de comunicación positivo, de reconocimiento, de apoyo, de escucha, de superación fortalece vínculos, estrecha lazos, aporta, multiplica resultados y abona el terrero de construcción de la paz en los escenarios colombianos. Asimismo, es importante desplegar espacios para la participación en la vida escolar, donde se potencien, estimulen e incluyan las capacidades de los estudiantes y se permita superar crisis o desgracias que no son eventos maravillosos, pero que sí suelen ocurrir en el desarrollo de la vida cotidiana, y que además generan, de una manera u otra, cambios que pueden arrojar consecuencias favorables o traumáticas. Son eventos que obligan a reorganizar las situaciones habituales, lo que implica poner en evidencia todos aquellos recursos o, mejor, habilidades para afrontarlas y evitar caer en el derrotismo.

En consonancia con lo anterior, la resiliencia hace un llamado a centrar la atención en las fortalezas del ser humano y potenciar aquellas que sirven para afrontar las adversidades. En esos términos, se requiere concebir y articular los componentes que vinculan al ser humano con su medio: familia, escuela, organización, barrio, municipio, ciudad. Eso significa que la resiliencia trata de un proceso energético porque acentúa un camino permanente determinado por

la persona misma, que entreteje su propia existencia acorde con quienes se encuentran en su entorno.

Universidad, espacio para la construcción de personas resilientes

Desde el punto de vista de la resiliencia, la educación superior se apoya en instituciones en las que haya una comprensión de la solidaridad, del mutuo trabajo, del aprendizaje colaborativo y cooperativo; un lugar donde cada uno aporta desde sus habilidades y saberes, además de constituirse en un espacio de construcción de conexiones y significaciones afectivas. Así, la universidad se centrará en establecerse como un espacio que dé sentido y en el que los universitarios sentirán apoyo, y en esos términos asumirán su cuota de responsabilidad y la importancia de generar grandes aportes a la sociedad en la que se encuentran, específicamente pensando en la reconstrucción de la comunidad colombiana.

Ahora bien, siendo la vida universitaria y la universidad el periodo y el lugar por excelencia para desarrollar procesos académicos, investigativos y formación de pensamiento crítico, se presenta para el estudiante como un desafío empoderarse de su existencia y darle sentido. La resiliencia se erige como una herramienta que puede ayudar a comprender la armonía entre los factores de riesgo a los que podrían estar expuestos los jóvenes universitarios, además de los factores protectores y su personalidad. Es evidente que el éxito en la universidad requiere elevados niveles de resiliencia, justamente por los innumerables desafíos. Se espera de un universitario que sus respuestas vayan más allá de los meros conocimientos, que construya su identidad, que asuma y de cuenta de la persona que está llegando a ser. Se ve, además, sometido a altos niveles de estrés, de incertidumbres frente a los retos que le exige la sociedad, de crisis, de adaptación a nuevas situaciones; a la presión de las responsabilidades académicas, a la exigencia en sus respuestas maduras como si fuera un adulto experimentado, a su nivel de participación, a sus nuevas experiencias, al nivel de ansiedad y al grado de libertad que maneja, a sus retos y a sus búsquedas afectivas. A estas, y a otras situaciones de tensión, son a las que deben poner el pecho. Pensar en términos de resiliencia en la educación superior implica poner el acento en el desarrollo de fortalezas, más que en las debilidades, y esto por

lo general se logra a partir de una crianza, formación o educación en básica primaria, secundaria y media vocacional en la que se haya contado con una o varias personas con las cuales se estableció un vínculo positivo.

La idea de trabajar con jóvenes universitarios requiere una intervención a partir de una labor cotidiana que busque el bienestar y el desarrollo de habilidades, para surgir de la posible adversidad que se presente, recuperarse y acceder a una vida significativa y productiva, y, en el mejor de los casos, para prevenir episodios de adversidad y desarrollar factores protectores resilientes. Para ello es necesario contar con equipos de directivos, docentes y administrativos que contagien expectativas positivas y que, al mismo tiempo, sean realistas y coadyuven a consolidar sus retos. La vida para los universitarios supone establecer redes y vínculos de comunicación a los que se sientan atraídos y partícipes de la construcción de significaciones colectivas y asimismo involucrarse en el desarrollo de proyectos que despierten sus más elevadas metas, sueños y expectativas innovadoras que den sentido e incrementen su confianza en el capital humano que representan para la sociedad. De esa manera, la vida universitaria no trata solo de la adquisición de una serie de conocimientos científicos avanzados, esto va más allá. Se trata de la capacidad de prepararse para lo inesperado, para la incertidumbre, para las crisis y los desafíos de la vida, y en esa tarea la universidad deberá asumir una mirada desde el enfoque sistémico que relacione el ser con el saber y con el saber hacer; con la capacidad de sentir, pensar y actuar para aprender a vivir, convivir y a entender.

Es frecuente encontrarse con espacios universitarios donde se ha acondicionado un sinnúmero de espacios dedicados a la formación académica: bibliotecas, aulas, laboratorios, auditorios y escasos espacios de bienestar que provoquen el encuentro, el diálogo, el establecimiento de vínculos, la creación de conexiones en la que haya lugar a la expresión de sentimientos, de emociones, de celebración. Hace falta entender que el estudiante universitario es un ser humano que puede sentirse alegre, triste, decepcionado, lleno de miedos, de interrogantes; que posiblemente está viviendo situaciones adversas de tipo personal, afectivo, familiar, académico. Es en ese momento cuando la universidad debe ser generadora de vínculos, en especial con el acompañamiento

de adultos docentes que involucren en sus cátedras trabajo cooperativo, lenguajes estimulantes y acciones concretas que generen expectativas positivas, que impulsen hacia metas, que transmitan elevadas posibilidades, que ayuden a afianzar fortalezas y que beneficien la responsabilidad social en un país que espera de la educación superior respuestas altamente participativas. Así, pues, aunque resulte dispendioso, los maestros, desde su función de acompañantes de los jóvenes universitarios, podrán facilitar los contextos de aprendizajes participativos, fijar límites claros y firmes, buscar el desarrollo de proyectos comunes en los que se involucren como auténticos equipos solidarios que den respuesta a situaciones relevantes en el país que habitan.

Algunas tareas concretas

El enfoque de la resiliencia nos invita a entender el mundo y a los seres vivos como sistemas abiertos, dinámicos, irregulares e impredecibles, por lo que solo pueden ser entendidos desde la interdisciplinariedad y la cooperación.

Anna Fores y Jordi Grané

Pensándonos como sociedad colombiana, cuyo telón de fondo tiene que ver con múltiples adversidades que han resultado del conflicto armado y otro sinnúmero de situaciones, es conveniente agenciar prácticas frecuentes que posibiliten mecanismos de superación en el ámbito institucional educativo. Una de ellas podría procurar un clima educativo favorable. Sobre el clima escolar se han hecho innumerables estudios; fundamentalmente, este es referido a las características que definen sus relaciones, espacios, nivel de comunicación e interacciones. Es indudable que el ambiente escolar condicionó de alguna manera la experiencia educativa. Aquel estudiante que comparte en un clima educativo resiliente tendrá una manera particular de compartir, de estar e, incluso, de desear aprender. Hay que reconocer que muchos espacios educativos viven la misma realidad de la sociedad: violencia en sus múltiples formas, injusticia, indiferencia, irrespeto. Una institución que educa en y desde la resiliencia se ocupará de generar un clima institucional favorable para la forma de estar y

compartir. Esto exige permanentes interrogantes desde sus prácticas habituales, en las cuales sus espacios se reconocerán por elementos dotados de sentido. La situación de cada miembro de la institución será un motivo de atención e interés para los acompañantes líderes de los diversos procesos, junto con un equipo interdisciplinar centrado en objetivos claros y en cuyo caso la vida de cada uno será centro de la actividad educativa.

Otro componente referido a la búsqueda de la resiliencia tiene que ver con enseñar que los problemas pueden ser vistos como oportunidades y no como crisis insuperables. Frankl (2004), en su libro *En hombre en busca de sentido* afirma: si no está en tus manos cambiar una situación que te produce dolor, siempre podrás escoger la actitud con la que afrontes ese sufrimiento. Para ello, la institución educativa deberá mostrar en sus acciones interés por la historia de vida de cada uno de sus miembros y establecer canales para que sean escuchados, atendidos y orientados.

Por otra parte, se podría mencionar el hecho de trabajar por el establecimiento de un claro proyecto de vida, esto es, tener metas de crecimiento y progreso realistas, procurar acciones que permitan caminar hacia la dirección a donde se quiere llegar, con actitudes optimistas. El tema del proyecto de vida conviene trabajarlo en las instituciones desde la primera infancia, a partir de la estimulación de las inteligencias múltiples y no solamente cuando están llegando a la educación media. La institución educativa, de alguna manera, es responsable de acompañar a los estudiantes en sus búsquedas y capacidad de elección, y eso no es solo en una carrera profesional, sino también en todo aquello que de sentido a sus vidas. De esta manera, resulta necesario generar planes de orientación encaminados a potenciar el autoanálisis, la toma de decisiones maduras, responsables, comprometidas y, por supuesto, autónomas.

Existen muchas otras estrategias que desde el sistema educativo formal se podrían fomentar para generar comportamientos resilientes; es el caso de reconocer a cada estudiante como una persona con capacidad de desarrollar habilidades, fortaleza para aceptar y vencer las crisis en vista a transformarlas y dar continuidad a la vida. Para una institución resulta importante ayudar a los

estudiantes a establecer relaciones de confianza con quienes comparten la vida y mantener comunicación asertiva buscando enriquecer las interacciones cotidianas. Al respecto, Humberto Maturana, premio nacional de ciencias, afirmaba en una de sus conferencias el pasado marzo de 2017 que los niños deberían crecer en un espacio que los acoja y escuche; un espacio en el cual se les diga la verdad y donde sus preguntas sean contestadas; solo así se transformarán en personas reflexivas, serias y responsables.

Por otro lado, las instituciones deberán posibilitar espacios, actividades y tiempos para que los estudiantes descubran sus intereses y habilidades, a fin de precisar sus talentos. No menos importante es el tema de aceptar que la vida trae consigo cambios permanentes y, en consecuencia, situaciones que pueden resultar adversas en un momento determinado. De ahí que sea necesario comprender la importancia de ser flexible en el sentido de adaptarse a los cambios y asimilar que estos pueden representar nuevas y buenas oportunidades de aprendizaje.

En pocas palabras, el escenario educativo goza de la presencia de numerosas y diversas personas y, por ende, se establecen abundantes interacciones; de igual manera, se conforman grupos desde diferentes tópicos, teniendo en cuenta que las instituciones, por ser espacios de socialización, se convierten en agenciadores potenciales de resiliencia. De hecho, es en una institución de carácter educativo donde, con cierta facilidad, se puede influenciar en habilidades resilientes, aunque cabe la aclaración de también pueden existir factores de riesgo. El mismo Humberto Maturana expone que los niños y jóvenes se van a transformar junto con los mayores, con los que conviven, según sea esa convivencia. En otro aparte, este autor afirma que el futuro de la humanidad no son los niños, sino que estos se transforman en la convivencia con los mayores; esto quiere decir que el futuro de la humanidad hoy somos los adultos, y que los niños y adolescentes van a reflexionar, van a mentir, van a decir la verdad, van a estar atentos a lo que ocurre, van a ser tiernos si nosotros los mayores, con los que conviven, decimos la verdad, no hacemos trampa, o somos tiernos.

Educación en resiliencia y construcción de paz en Colombia: a manera de conclusión

Estamos pensando en tiempos de reconstrucción y consolidación de objetivos comunes en vista a un proyecto de nación, y se trata de proponer la aplicación de estrategias puntuales y formativas desde la educación. Cabe señalar la importancia de ser realistas y aceptar un pasado complejo que le hizo mucho daño a la sociedad colombiana y que tiene serias consecuencias para el presente. Pese a ello, también es importante reconocer que en tiempos de crisis el ser humano ha mostrado en la historia que es capaz de encontrar dentro de sí fuerza, valor y voluntad de lucha para superar aquellas situaciones que le han implicado pérdidas, incluso de vidas humanas. Nadie quisiera permanecer en una profunda crisis; incluso, en el trayecto de la vida de cada persona, de cada pueblo, de cada comunidad en general se presentan hechos, situaciones y hasta periodos en los que resulta tedioso, pesado y, a ratos, imposible sobrellevar ciertos episodios. No obstante, se buscan motivos, formas y razones para salir del atolladero. Para ello se necesita, en principio, actitud o, mejor, disposición no solo para pensar en salir de la crisis, sino también para buscar la manera concreta de hacerlo. Al respecto, se ha visto que en situaciones altamente conflictivas el ser humano presenta la tendencia a desarrollar altos niveles de creatividad, lo cual es de gran ayuda. Asimismo, está el hecho de recurrir a conexiones humanas en cuanto a las relaciones que pudieron haberse configurado.

¿Por qué educación en resiliencia y construcción de paz en Colombia? Hay que señalar que los aprendizajes significativos ocurren en el nivel de vínculos y relaciones que se establezcan; por ello, el clima escolar en las instituciones de carácter educativo se convierte en factor determinante para la transformación del conflicto. Para Pierson (2013), todo aprendizaje trata de entender las relaciones a partir de escenarios que configuren vínculos generadores de confianza. La vida escolar está rodeada de numerosas situaciones adversas por resolver en las relaciones que se establecen de enseñanza y aprendizaje. De hecho, parte de la vida cotidiana del ser humano ocurre desde que el niño tiene relación con la superación de la adversidad; en ese sentido, cuando el niño ha

contado con adultos que lo acompañan en el proceso de crecimiento, en la necesidad de favorecer el afecto, la participación, en tomar control sobre sus actos, en asumir consecuencias, en el establecimiento de límites, seguramente va a poseer en la adultez herramientas para tal fin, y la educación escolar tiene una influencia potencial al respecto. De tal manera que la escuela es el lugar privilegiado donde se aprende a contar con los otros, es decir, a fortalecer relaciones, a referenciarse como parte de un equipo, a ayudar a otros, a comprenderlos y a recibir comprensión, a participar y sentirse reconocido. Dicho de otra forma, el entorno escolar se convierte en el espacio propicio para desarrollar la resiliencia, en el sentido de experimentar una serie de vivencias que sirven de entrenamiento para la transformación de situaciones que en el presente o futuro podrían ser negativas.

Para concluir, conviene resaltar que la resiliencia es considerada, hoy por hoy, como una competencia necesaria, quizás imprescindible, para hacerle frente a experiencias problemáticas. Al actuar desde una postura resiliente se interconectarán procesos de relación, de afecto, de conducta y de cognición, y en ese sentido el ser humano contará con herramientas de mayor efectividad a la hora de resolver situaciones adversas. Una tarea fundamental para el sistema educativo en consonancia con la familia, desde la primera infancia y hasta la vida universitaria, será promover responsablemente una educación en resiliencia como eje transversal en los actuales tiempos en los que el ser humano se ha visto arrojado a permanentes estados de vulnerabilidad y de cambios; de tal forma que potenciar y reconocer fortalezas viene a ser trabajo preventivo y una constante generación de nuevas alternativas ante la vida.

Bibliografía

- Congreso de la República de Colombia. (1994). "Ley General de Educación 115". Bogotá, Colombia.
- Cyrulnik, B. (2003). *El murmullo de los fantasmas: volver a la vida después de un trauma*. Barcelona: Gedisa.

- Delors, J. (1996). *La educación encierra un tesoro: informe a la Unesco de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI*. Madrid: Santillana, Unesco.
- Frankl, V. (2004). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- Maturana, H. (2017). *El futuro de la humanidad no son los niños, son los mayores*. Recuperado de <http://culto.latercera.com/2017/03/23/maturana-la-humanidad-los-ninos-los-mayores/>
- Melillo, A. y Suárez, E. (2001). *Resiliencia: descubriendo las propias fortalezas*. Buenos Aires: Paidós.
- Pierson, R. (2013). *Aprendizaje significativo*. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=S0R3fflIA_0
- Rutter, M. (2013). *Mi espacio resiliente*. Recuperado de <https://miespacioresiliente.wordpress.com/2013/12/26/michael-rutter/>
- Vanistendael, S. (1994). *La resiliencia: un concepto largo tiempo ignorado*. Ginebra: Cuadernos BICE.